

Es maravilloso cuando la memoria se pone activa y a partir del desarrollo de un tema, afloran y se concatenan recuerdos que permanecían escondidos en el sub consciente de las personas. Esta afirmación se ve reflejada a veces cuando dormimos y nuestros sueños se desarrollan en escenarios que fueron lugares reales en nuestra infancia y/o adolescencia y que, de alguna manera, en mayor o menor grado, nos han impactado. A menudo, a nosotros también nos pasa, y más allá que al despertar no recordemos los sueños que tuvimos, siempre nos queda algo de esos escenarios que, como retratos indelebles, se mantienen latentes en nuestros espíritus. Por eso hoy, después de haber hecho entrega del primer material sobre “M.Modelo – Recuerdos Vividos”, les proponemos contarles algo más, esta vez relacionado con lo que fue el entorno cercano y las múltiples actividades conexas a la operativa natural del mercado, desarrollados en aquellos escenarios que ya no existen o no son los mismos de entonces pero que guardan muchas historias de épocas pasadas. (Siempre tomando como base, mediados de la década del '50 del siglo XX en adelante. Época de la cual quien escribe, pudo ser testigo). En la presente, no contaremos historias personales ni anécdotas de particulares personajes que seguramente las habrá por miles; nos limitaremos a recrear con palabras sencillas, algo de aquellos lugares que conocimos en carácter de simples vecinos.

Para un mercado mayorista y formador de precios a nivel departamental y nacional, no alcanza con mantener la producción hortifrutícola estivadas en simples depósitos; se exigen lugares especialmente dedicados a la conservación de frutas y hortalizas mediante cámaras de frío reguladas y controladas adecuadamente. Es por esta razón que existen dos grandes establecimientos privados cercanos al Mercado, ellos son el Frigorífico Uruguayo, que ocupa la manzana conformada por las calles Rep. de Corea, Madreselva, Arezzo y la Av. Dámaso A. Larrañaga; y el Frigorífico Modelo, sobre el Bvr. José B. y Ordoñez entre las calles Cádiz y Emilio Raña. Estas dos enormes estructuras actúan como refrigeradores gigantes, por lo tanto, además de conservar frutas y hortalizas, son capaces de producir toneladas de hielo en barras y también en escamas, según las necesidades de los clientes. La venta era por mayor y también por menor ya que el uso del refrigerador eléctrico no estaba tan generalizado como en épocas posteriores y los vecinos recurrían diariamente al frigorífico más cercano para surtirse del vital elemento refrigerante y así poder conservar los alimentos.

En los años '50 el Frigorífico Uruguayo no ocupaba toda la manzana sino solo la mitad de la misma, es decir, que había un terreno de considerables dimensiones sin edificación alguna, lo mismo sucedía en la vereda de enfrente, sobre la calle Arezzo y también sobre la calle Madreselva donde el terreno baldío llegaba hasta la Compañía de Envases. Esos espacios de algunos miles de metros cuadrados, para un niño de menos de diez años eran en **su** fantasía, como enormes territorios inexplorados llenos de insospechados misterios dando lugar a imaginarias historias infantiles.

Si hablamos del Frigorífico Uruguayo estando en modo **recuerdos**, no podemos dejar de mencionar su famoso Reloj. Este emblemático y gigantesco aparato ofrecía un formidable servicio público y muy escaso en esa época como lo era, marcar las horas del día. Muchos trabajadores tenían la posibilidad de saber si llegaban tarde o no a su lugar de trabajo mientras viajaban en las viejas líneas de ómnibus. También los vecinos y transeúntes en general obtenían la hora puntual simplemente levantando la cabeza, mirando hacia lo alto de ese enorme edificio que era, el Frigorífico Uruguayo. Sin dudas, eran otros tiempos.

Si hablamos del otro frigorífico mencionado, el Frigorífico Modelo, tampoco era como lo es hoy. Sobre el costado derecho, (si nos paramos de frente a su fachada), existía un espacio de terreno que unía el Bvr. De los Propios con la calle José Bonaparte. Ese espacio estaba cubierto de eucaliptus y los vecinos lo usaban para cortar camino y abordar la calle Thompson al sur del hoy, Bvr. José B. y Ordoñez, (cabe acotar que existe un pequeño tramo de esta calle, al norte del bulevar, justamente al costado del M.Modelo). Los domingos era muy común ver familias enteras utilizar el mencionado atajo para concurrir a misa en la Iglesia de Los Santos Apóstoles ubicada sobre la Av. Larrañaga, (hoy Luis A. de Herrera), Quizá el trazado original de esta calle haya sido con la idea en esa época lejana, de unir Bvr. De los Propios con la Av. Larrañaga y por alguna razón que desconocemos, quedo trunca.

Cabe recordar que en la década del '50, Bvr. De los Propios no era de doble vía, lo que hacía muy dificultoso el tránsito de vehículos de carga motorizados o a tracción a sangre, operasen o no en el M.Modelo. Siendo la vía de tránsito más larga de la capital, a ciertas horas del día se formaban aglomeraciones complicando el tráfico vehicular y también las líneas de ómnibus que circulaban por él como ser; el 144 y el 173 de Cutcsa con aquellos colectivos con plataforma, por donde los pasajeros ascendían al mismo por la parte trasera y a menudo, colmada su capacidad, muchos viajamos literalmente colgados del pasamanos. También circulaban por allí el 2 de la Amdet, (Administración Municipal de Transporte), con colectivos con motores GMC a dos tiempos y sin cambios de marcha, suspensión hidráulica, es decir, vehículos de características muy avanzadas para su época, con un andar suave, casi que placentero para los usuarios de este servicio público...viajar de Sayago a Malvín y viceversa, era un disfrute.

El entorno del M.Modelo ha tenido comercios, servicios y lugares que, aunque ya hace mucho tiempo que no existen han dejado sus huellas muy marcadas difíciles de olvidar. En este relato trataremos de traer de nuevo a la conciencia, aquellos más emblemáticos y más reconocidos por aquellos que alguna vez, transitaron por estas calles.

Siendo ya adolescentes nos preguntábamos ¿por qué la entrada principal del M,Modelo, con su característico portal en forma de arco que lo identifica y lo eternizará por siempre, se hizo sobre la calle Cádiz y no sobre la avenida Centenario, que así se llamaba entonces y ya existía cuando se construyó la nave principal?. Debe haber tenido una razón quizá técnica o de otra índole, no lo supimos y, es más, ya no interesa saberlo. Tal vez los historiadores y a través de la consolidación de este Museo Digital, puedan interesarse en el tema y obtener una respuesta. Traemos este asunto que puede parecer menor pero no lo es para lo que desde aquí queremos expresar en esta entrega en relación a ese hecho. Por ejemplo, Por ser la puerta de entrada principal, el movimiento que se genera a diario en ese punto es sustantivamente mayor que en cualquier otra parte del mercado. Por lo tanto, los comercios, los bares, los bancos y alguna distribuidora de cereales, y otras actividades conexas, procuraron desde los comienzos, instalarse en esa zona, lo que no quiere decir, que no haya actividades en otros puntos, pero sin dudas, donde siempre hubo mayor movimiento es sobre la calle Cádiz precisamente entre Trento y Rep. de Corea. Allí existían cafés, restaurantes, loterías y quinielas, ventas por mayor de maíz y afrechillo para alimento de los criaderos de distintos animales de faena. Como no recordar al Banco Transatlántico y sus alcancías en forma de ómnibus para ahorrar monedas, incentivando a los chicos, en el hábito del ahorro. (Quien no tuvo una “chanchita” alguna vez).

Pocos años después, en la esquina de Rep. de Corea y Madreselva, se inauguraba el Banco Francés e Italiano para la América del Sud. Con el tiempo, se fueron agregando

otros centros comerciales sobre las otras calles y avenidas que rodean al M.Modelo. También se instaló una sucursal del Banco República en el extremo opuesto a la entrada principal. También depósitos de distintos productos, una balanza para camiones sobre la calle Pesaro, etc.

Había comercios que tenían una forma especial de funcionamiento y de atención al público minorista que paulatinamente fue desapareciendo con el paso del tiempo. Almacenes donde te “despachaban” los productos, (los autoservice, no existían). Una empresa muy importante, tenía varias sucursales distribuidas en varios puntos de la capital, uno de ellos era precisamente en la esquina de las calles Cádiz y Trento y la marca era Manzanares. Era un local más bien pequeño pero que concentraba mucho movimiento de clientes en su mayoría vecinos que hacían sus compras y/o surtidos de almacén en ese establecimiento, atraídos por tener precios de mayorista, muy accesibles al común de los usuarios. Cuando niño acompañábamos a personas de la familia a hacer compras allí y recordamos perfectamente el exquisito aroma del café molido al momento, era una característica de estos almacenes; también las marcas de aceites propias como, por ejemplo, *Maricarmen*, aceite que, en su envase de hojalata, lucía una bailarina flamenca portando en sus manos, castañuelas. Así como el aceite *El Sibarita* que lucía en su lata, un chef vertiendo un chorrito del contenido sobre una apetitosa ensalada. Como no recordar las compras para las fiestas de fin de año, era un clásico hacerlas en Manzanares. Sidra, pan dulce y turrón, no podían faltar en el carrito de alambre o en la bolsa “chismosa” de hacer los mandados.

No quisiéramos pasar por alto los restaurantes y boliches. Los primeros cubriendo las necesidades gastronómicas de quienes podían darse el lujo a diario de sentarse en una mesa, pedir el menú del día y ser servidos. (otras alternativas eran el clásico choripán o la noble torta frita). Los segundos tenían varias funciones a saber, lógicamente despacho de bebidas alcohólicas y refrescos a veces acompañados con alguna “picada” de longaniza y queso. Se prestaban además para diferentes tipos de tranzas; algunas de estilo comercial, donde se cerraban negocios comerciales (y también de los otros). No faltaba el billar y el mazo de cartas para cubrir los ratos libres en forma distendida. Había “timba” clandestina, seven – eleven y otros juegos de azar. Existía un boliche muy famoso que se llamaba “Chanta cuatro” que estaba instalado en la calle Trento entre Cádiz y Chiavari, donde además de los naturales operadores del mercado en sus múltiples facetas, era frecuentado por gente del vecindario, principalmente hombres que se sentían atraídos por lo que estos lugares ofrecían, y de alguna que otra trifulca que a menudo ocurría. Estos espacios de dudosa convivencia daban lugar a otro tipo de “arreglo” entre algún parroquiano necesitado de amor y las trabajadoras del oficio más antiguo del mundo como lo es la prostitución, casi siempre bajo la protección de un proxeneta, el cual llevaba un control riguroso de sus “intereses” ocupando a destajo una mesa del boliche, bebiendo una caña, fumando un tabaco, con ojos inquietos observando los movimientos, atento y perspicaz, pronto a desaparecer ante la menor sospecha de la eventual caída de la “cana”, eso sí, interviniendo sin dudar como buen “fiolo”, cuando algún despistado cliente resuelve no cumplir con lo pactado con una de sus “chicas”.

Habría muchas figuras vinculadas a ese variado y polifacético mundo del M.Modelo, pero no quiero dejar de mencionar aquí a la de los infaltables personajes que en situación de calle, pernoctaban bajo el alero periférico externo del edificio central. Cuentan que, en los inviernos de mucho frío, algunos dormían en el sótano del mercado, donde se madura la banana. Me resulta particularmente difícil pintar con palabras y a su

vez con mucho respeto, las imágenes físicas de aquellos individuos. A los gurises de esa época nos asustaban con el “viejo de la bolsa”; para el imaginario infantil, esa imagen era lo más parecido a esas personas que sufrían una situación de desamparo, producto de quien sabe que drama familiar o desengaño emocional, afectivo o de algún otro tipo que hizo que cayeran en la indigencia y la exclusión social. Con una lata se improvisaba un brasero para protegerse del frío, para calentar comida o simplemente hervir el agua; vestían con harapos que otra gente desechaba, usaban alpargatas de tela y suela de chute desflecadas por el uso, bebían vino tinto suelto o alcohol blanco rebajado con alpiste, siempre aparentaban mucha más edad de la que realmente tenían... su barba crecida y sin recortar y sus cabellos desgredados cubiertos casi siempre con una gorra de lana les daban un aspecto desagradable. Sin embargo, cuando pasábamos cerca y viendo que los mirábamos con cierta curiosidad, nunca faltaba un guiño o una sonrisa para con nosotros. De niños concurríamos cientos de veces al mercado acompañando a mi padre a hacer compras, debo decir que nunca tuvimos situaciones que nos indujeran al tenerles miedo a esas personas, al principio, a lo sumo curiosidad, luego pasó a ser parte del escenario cotidiano. Con los años aprendimos que había todo un submundo escondido en cada uno de estos personajes indigentes, hablaban poco y bajito, difícilmente podíamos saber de sus vidas pasadas, la gente tiene la idea de que son personas ignorantes que no conocen vivir de otra manera, sin embargo, una vez uno de ellos, de avanzada edad en apariencia, nos acercó una hoja de cuaderno escrita por él, era un poema manuscrito con una caligrafía excelente dedicado a su tierra natal, Cerro Largo. Esa sencilla experiencia nos sirvió, en lo personal, para comenzar a visualizar de otra manera a compatriotas nuestros que, por distintas circunstancias que les tocó vivir, están socialmente excluidos, con uno o más perros fieles, como única compañía.

El M.Modelo y su entorno cercano, ofrece muchas imágenes del pasado reciente. Nosotros aquí solamente ofrecemos lo que conserva nuestra memoria y la deducción que los ojos y la mente de un “botija” pudo atesorar. Seguramente habrá entre los lectores, quienes no compartan totalmente nuestra versión y están en su derecho. Puede haber quienes tengan episodios o relatos que complementen lo aquí escrito; como decimos siempre, cada persona puede ver la realidad de forma diferente a otra, lo que predomina siempre es la experiencia personal, máxime cuando esa realidad se desarrolló cuando éramos niños. Esta es la nuestra.

Daniel Fagúndez Gargano

Montevideo, 8 de noviembre 2020